

# NUESTRO FUNDADOR EL BEATO PABLO GIUSTINIANI



DON LANFRANCO LONGHI, EC  
PADRE MAYOR



*Este texto de Don Lanfranco Longhi, ec,  
Padre Mayor –Superior– de la  
Congregación de Eremitas Camaldulenses  
de Montecorona, fue publicado  
originalmente en italiano en “Carta a los  
Cohermanos”, nums. 10 (31-XII-1995) y  
11 (28-VI-1996).*

*La traducción ha sido hecha por un  
eremita camaldulense del Yermo de  
Nuestra Señora de Herrera, en Miranda  
de Ebro (Burgos).*

*Madrid, Cuaresma de 2010.*



El día 15 de septiembre de 1520, el B. Pablo salía del Yermo de Camaldoli para ir a vivir en las Grutas de Monte Cucco, en búsqueda de una mayor soledad.

De este “Éxodo” nace nuestro Instituto, llamado originalmente “Compañía de los Eremitas de San Romualdo”.

Por lo tanto, este año (1995) se conmemora el 475 aniversario del nacimiento (en el sentido ya dicho) de la Congregación de Montecorona.

Considero por eso que es un deber para todos nosotros detenernos un momento a reflexionar sobre la persona de nuestro Fundador, para comprender mejor su ánimo, sus intenciones, toda la riqueza espiritual que lo animaba.

Sobre todo algunas preguntas: ¿Podemos llamar al Beato Pablo nuestro Padre?, ¿Qué novedad o diversidad, ha traído nuestro Fundador en relación a la espiritualidad vivida por siglos en Camaldoli?

Soy muy consciente que estas preguntas presentan problemas a los que hoy, con los conocimientos que poseemos, no es posible dar una respuesta exhaustiva.

Sin embargo, me parece que sobre algunos puntos podemos coincidir.

a) En el sentido pleno de la palabra, “Padre y guía de los Camaldulenses” es San Romualdo.

A él Dios ha inspirado la forma de vida semi-eremítica que inició en Camaldoli, Él es el Padre de los “Eremiti razionali” como dijo San Pedro Damiano.

Nuestras raíces profundas están en Camaldoli, se hunden en aquel terreno cultivado por San Romualdo.

La paternidad fundamental, si se puede decir así, pertenecen al Santo Eremita de Rávena.

- b) Y, sin embargo, lo que tuvo inicio después del 15 de septiembre de 1520 no es cualquier cosa secundaria o marginal para nosotros, porque, como decía antes, nuestra Familia religiosa ha iniciado, pues, su vida, ciertamente en germen, después que el Beato Pablo dejó Camaldoli. Y donde se inicia una vida hay necesariamente un Padre. Por esto podemos y debemos considerar al Beato Pablo como nuestro verdadero Padre, aunque su paternidad esté subordinada a aquella de San Romualdo.

Es nuestro Padre porque es nuestro Fundador.

Ciertamente él no tenía en mente nuestro Instituto cuando tomó la decisión de dejar el Yermo de Camaldoli, como San Francisco no pensaba en los Hermanos Menores, ni San Ignacio en la Compañía de Jesús, cuando iniciaron su “aventura espiritual”.

Probablemente el hermano Pablo pensaba solo en vivir el espíritu camaldulense en una forma más plena y simple. Pero es un hecho que de la elección que él hizo ese día, nace nuestra Congregación. En el transcurso de pocos años él se convirtió en Padre de una Familia religiosa.

- c) A la nueva Congregación que estaba surgiendo, el fundador le dio una específica fisonomía.

No buscó solamente de hacer revivir el espíritu romualdino como se había manifestado en Camaldoli en los primeros siglos, sino que con su voluntad de fundar exclusivamente Yermos, sin cenobios, él ha traído una clarificación en el complejo mundo camaldulense, porque ha interpretado genuinamente la intención tenida por parte de San Romualdo y por el obispo Guido d'Arezzo al fundar Camaldoli: que fuese verdaderamente un “Yermo” lejano del mundo y del “tumulto” de los cenobios.

Con esta elección decidida a favor de los Yermos únicamente, el Beato Pablo ha puesto las semillas de la espiritualidad eremítica de nuestra Congregación, del carisma Montecoronense.

Comenzando a presentar la figura de nuestro Fundador, quiero poner en primer plano su docilidad al Espíritu Santo, porque de este hecho depende toda la evolución de su vida y la cualidad de sus elecciones.

¡Verdaderamente Fray Pablo se dejó conducir por el Espíritu!

También en los años borrascosos de la adolescencia su lucha contra el pecado para que no prevaleciese sobre él es un claro indicio de que él quería sinceramente poner su vida bajo la guía del Espíritu de Dios. Igualmente, en el deseo ardiente de la soledad, en edad aún tan juvenil, podemos ver la acción divina en él, para hacer de Tomás Giustiniani el futuro Hno. Pablo, un eremita y un reformador entusiasta de la vida solitaria. En 1496, con apenas veinte años, deja Venecia en busca de la soledad. En un soliloquio escribe: “Desde tu nacimiento, Dios te ha dado una naturaleza llevada más a la ‘laboriosa quietud’ que a los negocios; esta inclinación ha ido aumentando desde la infancia en adelante... y tú la has conservado... hasta tu conversión a la edad de treinta y cuatro años”.

Ciertamente se trataba de una soledad “filosófica” dirigida principalmente a la lectura y al estudio, más que a la búsqueda de Dios en la oración. Pero precisamente, era el Espíritu de Dios el que estaba formando su temperamento para la futura vocación y misión.

Emerge espontáneo el paralelo con San Romualdo: también él en su adolescencia frecuentaba los bosques solitarios no para orar, sino para cazar; y sin embargo el Señor obraba en su corazón, a la vista de los calveros o claros solitarios, una atracción espiritual que sería después madurada en una elección eremítica genuinamente cristiana. La docilidad espiritual del Beato Pablo la vemos ahora más claramente en la elección de abrazar la vida religiosa. No busca más la soledad por motivos terrenos, sino únicamente para alcanzar al amor divino. Por esto está resuelto a separarse de todo aquello que lo retiene en su camino hacia Dios: su amada Venecia, sus queridísimos amigos Quirini e Ignacio, los familiares, los estudios filosóficos hasta hace un tiempo tan amados...

Dice Leclercq: “El único motivo que lo tranquiliza en este momento es el ejemplo de Jesucristo, pero su espíritu está en poder de una verdadera lucha que no le da tranquilidad”.

Se aplica a sí mismo las palabras oídas por Abrahán: “ ‘Vete de tu país y de la casa de tu padre’, olvidarse de sí mismo es unirse a Dios para no pensar más que en él solo”.

Pero sin duda, el camino espiritual del Hno. Pablo, considerado como un camino de progresiva fidelidad a las inspiraciones divinas, alcanza una de las etapas más altas en el momento que él llama “mi segunda conversión”, es decir, cuando decide dejar Camaldoli, donde la vida eremítica se había hecho difícil de observar, debido a las muchas injerencias del mundo exterior. En sus escritos nos ha dejado testimonio de que pensamientos y deseos movían entonces su alma: “Hno. Pablo eremita, cuando dejó el Yermo de Camaldoli, en el cual había vivido por diez años, fue impulsado, según su parecer, por el solo deseo de servir a Dios con mayor tranquilidad” y aún “He deseado en el pasado y lo deseo ahora más que nunca de reposar dulcemente en mi Señor, libre de cualquier cuidado, al mismo tiempo me siento dispuesto a trabajar sin descanso por el Señor mi Dios, sometién dome a toda suerte de privaciones y fatigas... Deseo servir a mi Señor Jesucristo, pero me confío ciegamente a su voluntad en cuanto al modo con el cual Él querrá que yo le sirva: en la tranquilidad de la celda o bien en las agotadoras peregrinaciones...”.

Si he querido presentar la vida de nuestro fundador como un continuo progresar en la obediencia a las inspiraciones es para que todos nosotros, sus hijos espirituales, tengamos bien clara una certeza: en el origen de nuestro Instituto no hay un simple “Proyecto humano” sino un auténtico “Proyecto divino”. Si el Beato Pablo, en etapas progresivas ha buscado siempre mayor soledad, no lo ha hecho por una simple tendencia natural, sino porque ha sido guiado por el Espíritu de Dios. Aquí también el pensamiento se remonta al Gran Antonio y sus incursiones cada vez más profundas en el gran desierto.

“El origen y la más profunda motivación de cada familia religiosa debe buscarse en una determinada intervención de Dios en la vida del Fundador (Fabio Ciardi)”.



Y esto vale también en el caso, como el nuestro, en que el origen de la familia religiosa no representa un “inicio absoluto”, como podría ser, por ejemplo el origen de la familia Franciscana, sino más simplemente una reforma, un retorno al carisma que puso en marcha San Romualdo en la fundación de Camaldoli.

Y de esta intervención de Dios en su vida, el Beato Pablo era bien consciente y nos ha dejado testimonios referidos más arriba.

El Papa Pío VI afirma: “Los santos fundadores... no han fundado estas sociedades sino por una divina inspiración”. Ciertamente, cuando el Hno. Pablo, el 15 de septiembre, dejaba el Yermo de Camaldoli no pensaba que de este gesto suyo surgiría un nuevo Instituto en la Iglesia. Pero el Espíritu divino que lo guiaba habría provisto en seguida a revelar el proyecto divino según el cual él sería el Padre de una pequeña familia de monjes que perpetuarían el carisma. Gradualmente tomó conciencia de la voluntad divina sobre él y sin reservas se puso a su servicio. De esta obediencia nació nuestra Congregación.

Algunos autores comparan la vocación de fundador con la de profeta.

Como el profeta, también el fundador de una familia religiosa ha sentido la llamada divina para una determinada misión. A veces, la llamada es clara, otras veces se hace escuchar sumisamente, en el curso de las vicisitudes personales, como precisamente ha ocurrido en el caso del Beato Pablo.

Con todo, es siempre una llamada exigente que espera una respuesta plena y generosa del hombre. Cada fundador, en relación a la obra que debe cumplir podría aplicar a sí las palabras de San Pablo “Predicar el Evangelio no es para mí un título de gloria, es una necesidad que me incumbe”.

De la historia sabemos cuánto sufrimientos han debido soportar los fundadores para ser fieles a su misión. El profeta Jeremías sentía en su alma una dura lucha entre la exigencia a llevar una vida privada en la quietud de la normalidad y del anonimato, y la llamada divina a ser profeta de frente a todo un pueblo, a ponerse como “signo de contradicción” ante todos.

Algo semejante, me parece, se puede ver también en nuestro fundador.

Por un lado vemos en él una fuerte y clara vocación a la vida solitaria, a ocuparse únicamente de Dios, en el silencio de la celda. Por otro lado, por voluntad de Dios, él se convierte en un “profeta” en la comunidad monástica, un “luchador” para liberar el Yermo de todas las injerencias nocivas. Se encuentra, sin haberlo buscado, como cabeza de un pequeño movimiento de reforma. Y esta misión le cuesta fatigas y sufrimientos, pero él hace frente con la generosidad de siempre.

Podemos afirmar que realmente, en el origen de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona está el “Digitus Dei”, como, desde los primerísimos años, ha reconocido la Iglesia misma que en la persona de los Sumos Pontífices ha animado, protegido y aprobado lo realizado por nuestro Fundador.

“Oh Señor Jesúcristo, tú sabes que yo he amado la soledad no por sí misma, sino únicamente por Ti”, así escribe el Hno. Pablo en un soliloquio de 1519. Con esta expresión él manifiesta de ser un digno representante de la más pura tradición monástica, iniciada por los Padres del desierto y que ha producido, en los siglos, grandes figuras de santos monjes.

También él busca la soledad y la “huída del mundo” para dedicarse totalmente a Dios, como ya habían hecho Antonio y Benito, Romualdo y Bruno, Bernardo y Nilo. Porque precisamente esta es la esencia de la vida religiosa y sobre todo monástica: ser poseído por el amor de Dios hasta tal punto de dejar todo para ofrecerse exclusivamente a Él.

Nuestro Fundador es un auténtico “buscador de Dios” y un “portador de Dios”. Escribe: “¡Oh soledad, que no serás jamás suficientemente alabada, tú conduces la miseria humana a la beatitud celeste! Si bien comprendo, tú unes para siempre el alma a Dios, tú la haces deleitar por la palabras de Dios como por los besos de un tierno esposo”.

La búsqueda apasionada de la soledad, no para escapar del consorcio humano y ni tampoco de la comunidad de los hermanos, sino para poner a Dios en el centro de la vida y de la atención.

El Espíritu de Dios ha suscitado la vida religiosa ante todo en la forma anacorética para que fuese bien visible en la Iglesia este hecho; la vida religiosa consiste fundamentalmente en poner a Dios como centro absoluto de cada uno y de la comunidad. Sin esto, no hay vida religiosa y no hay comunidad cristiana.

Por esto, en su dimensión más profunda, solitarios como Antonio, Arsenio o Simón Estilita serán siempre los modelos supremos de todo religioso, y paradigmas con los cuales debe confrontarse quien se quiera consagrar al Señor. También nuestro Fundador, llegado a la madurez espiritual, sigue el camino de estos grandes santos; también él es un enamorado de Dios, un místico de la oración incesante que el 7 de agosto de 1524, en el Yermo de las Grutas de Massaccio (Cupramontana, en Italia), durante la celebración de la santa Misa, hizo la experiencia de su “disolverse” en Dios como una gota de agua en el vino consagrado. Sus “Razonamientos sobre el

amor de Dios” que son recogidos en la obra “Secretum meum mihi” son la expresión clara de un alma ya profundamente poseída por Dios y que, precisamente por motivo de esto, no está aún saciado de su amor, y anhela conocerlo más, poseerlo más.

Como ya había ocurrido con San Agustín, el místico no ha anulado al filósofo, aunque ha llegado muy adelante en la unión mística con Dios, el Hno. Pablo quiere usar plenamente su inteligencia para sondear algo del océano divino en el cual se encuentra.

Hay en el libro “Secretum meum mihi” una trama indisoluble entre el anhelo de la voluntad y el anhelo de la inteligencia hacia Dios: el amor no puede prescindir del conocer, y el conocimiento, a su vez, genera amor. Él ama “apasionadamente” pero quiere también comprender “algo” de este amor. Como suele decirse que “El amor aguza el ingenio”, así vemos al Beato Pablo poner al servicio del amor toda la fuerza y la delicadeza de su ingenio de filósofo.

Leamos solamente un trozo:

“El alma no sabe (de ser reducida a nada) cuando le ocurre que un grandísimo amor a Dios la transforma totalmente en Dios, tanto de no poder amar más a sí misma en sí misma, ni sí misma en Dios, ni Dios en sí misma, sino que solamente Dios en Dios; ella no se reconoce más ni en sí misma ni en Dios, ella no reconoce más a Dios en sí misma, sino que solamente a Dios en Dios”.

Leclercq constata: “La enseñanza del Beato Pablo, en este campo más que en otros, deriva de su personal experiencia y se manifiesta en largas elevaciones que escapan a todo análisis y aunque si se lograra resumir con precisión no se alcanzaría a traducir el fervor interno que la invade”.

En el cristianismo, la entrega absoluta a Dios, de lo que ya he hablado, se manifiesta sobre todo en la donación a Cristo Señor. Esto vale también para el proceso espiritual a través del cual pasa el fundador de una familia religiosa.

El fundador es sobre todo un creyente que se ha donado en “alma y cuerpo” al Señor Jesús, un hombre “aferrado de Cristo” como decía San Pablo.

Antes de llamarlo a iniciar una obra en la Iglesia, el Espíritu de Dios conforma su vida a la vida de Jesús, lo hace penetrar profundamente en el misterio de Cristo.

Hombres y mujeres como Benito, Romualdo, Francisco de Asís, Teresa de Ávila, fueron Padres y Madres de nuevas familias solamente en un segundo momento de su vida. Primero y sobre todo fueron generosos seguidores de Cristo.

Fundamentalmente percibieron su vocación como una vocación a donarse totalmente al señor Jesús. La obra por ellos cumplida en la Iglesia vino después, como una realización concreta de su amor por Jesús, como una manifestación pública de su seguimiento interior de Cristo.

Se sienten, aunque indignos, “amigos del Esposo” como el Bautista, y “siervos de Cristo Jesús” como Pablo, y solo por esto quieren dar a conocer al mundo a su Señor y cooperar en la difusión de su reino llamando a otros para este fin y dando así inicio a una familia religiosa.

Escribe un teólogo “Cada Fundador cautivado por la persona de Cristo, ha aceptado seguirlo, igual que los discípulos. No ha sido llamado por el Espíritu a seguir una virtud, como la pobreza, la obediencia, la misericordia; o una actividad, la educación de los jóvenes, la predicación, el cuidado de los enfermos. Aunque todo esto entra a formar parte de su vida y de su fundación como algo esencial, él primero y fundamentalmente es llamado a seguir a una Persona”.

Desde el monacato primitivo, que con Antonio “decía a todos que no debían anteponer nada de cuanto hay en el mundo al amor de

Cristo”, hasta las formas modernas de vida consagrada, que con Carlos de Foucauld repite: “Hay un único modelo: Jesús. No buscar otro”, “Cristo permanece como el objeto principal de toda llamada al servicio exclusivo de Dios” (Fabio Ciardi).

Nuestro Fundador, ¿hace excepción a esta “regla”? Ciertamente no; es más, sus escritos abundan de testimonios sobre su ardiente amor por Jesús y sobre el lugar que Jesús tenía en su corazón y en su vida.

Trataré de exponer estos testimonios ordenadamente:

### **A. EL SEÑOR JESÚS, AMOR ABSOLUTO DE SU ALMA**

“Feliz el alma aniquilada en sí misma, convertida enteramente a Dios, que no vive más en sí sino en Cristo, toda absorta en su amor. Más feliz aún el alma licuada al fuego del amor, aniquilada a sí misma y a Cristo, que no vive ni siquiera en Cristo, sino que vive solo porque Cristo vive en ella”. “¿Cómo podrías permitir, oh Señor que yo no te ame? Si me das la paz interior y exterior yo te amaré, si me das la guerra interior y exterior yo te amaré, si me consuelas interiormente y exteriormente yo te amaré, si me dejas en las tribulaciones, sin consolación, en la angustia, creo que aún te amaré... oh Señor, si solo eres tú a quien amo y no a mí mismo, tú que eres mi bien y mi único amor, yo no me preocuparé de nada de lo que me pueda suceder, porque hago tu voluntad y que se cumpla en mí, sobre mí y por mí, todo tu santo querer”.

### **B. EL SEÑOR JESÚS MODELO SUPREMO PARA SU VIDA**

A propósito de la pobreza, así escribe a un aspirante que desea dejar sus bienes al yermo: “Debes saber que nosotros no estimamos en nada estos bienes como verdaderos bienes. Nosotros no amamos nada las riquezas de la tierra que por amor a Cristo hemos abandonado para siempre, no buscamos ganancias de este tipo. Nosotros queremos permanecer pobres... siguiendo las huellas de Cristo pobre y desnudo”.

A propósito de la obediencia, en su “Tratado de la Obediencia”, escribe: “Cada uno de nosotros, por lo tanto, debe repetirse a sí mismo: Quiero que mi alimento no sea otro que el de hacer la voluntad de mi superior, para seguir al Señor que se hizo obediente

al Padre en todas las cosas y que me ha dejado así un ejemplo vivo de la perfecta obediencia”.

A propósito de la castidad confiesa humildemente: “La carne me molesta más que nunca, no hay cosa que me aproveche más, no hay más que un remedio que yo encuentro muy eficaz, llamar en mi ayuda a Jesús y pensar en él. Si mi Señor está sobre la madera de la cruz: ¿pensaré yo en los deleites de la carne?”.

### **C. JESÚS CRUCIFICADO, MAESTRO Y SOSTÉN DE TODA SU VIDA**

Era frecuente en los Santos, la afirmación: “El Crucificado es mi libro” para indicar como de Jesús Crucificado habían aprendido el amor de Dios por el hombre y el arte de vivir conforme a este amor. El Beato Pablo no hace más que ponerse en el camino de esta tradición cuando afirma: “Jesucristo crucificado debe ser mi libro: libro escrito enteramente con su preciosísima sangre, precio de mi alma y redención del mundo, libro cuyos capítulos son las cinco llagas. Yo no quiero estudiar más que este libro y los otros solamente en la medida que lo comentan... Pero es un libro que es leído en el silencio”.

La certeza de que en el sufrimiento está participando de la pasión de Cristo lo lleva casi a la exultación. Cuando en julio de 1522 se encuentra perseguido, calumniado, prácticamente prisionero y además enfermo, escribe: “Si todos los miembros de mi cuerpo fuesen otras tantas lenguas, no alcanzaría nunca a agradecerle lo suficiente, oh Señor Jesús; si no me equivoco, tú has comenzado a hacer participar a este inútil siervo tuyo en los dolores de tu Pasión y en los sufrimientos de tus santos Discípulos, aunque sea en una mínima parte”.

### **D. JESÚS, REGLA SUPREMA DE TODO INSTITUTO RELIGIOSO**

Es interesante también una reflexión que él hace sobre la relación que hay entre el Fundador del Instituto religioso y Jesús.

Reflexión iluminada, si la consideramos en su tiempo, cuando la tendencia general era sobrevalorar el ejemplo y las Reglas de los Fundadores, poniéndolos casi en un primer plano, si así se puede decir, respecto al Evangelio.

Aún no maduraba plenamente, en la conciencia de muchos religiosos la certeza de que Reglas y Fundadores son solamente mediadores entre el que es llamado y el Evangelio.

Escribe luego nuestro Fundador: “Domingo y Francisco fueron hombres y por lo tanto podían errar. Pero Jesucristo es Hijo de Dios, es a Él a quien han seguido. Nosotros imitamos verdaderamente a Domingo y Francisco, Agustín y Benito cuando seguimos a Jesucristo; ellos mismos se esforzaron en imitarlo, Jesucristo es la verdadera cabeza, el camino, el fin... No corramos hacia estos santos fundadores, sino, con ellos, corramos hacia Jesucristo... Esto no disminuye en nada la estima debida a estos santos: queremos simplemente seguir a la cabeza que ellos han seguido. ¿Santo Domingo, San Benito, San Agustín, en sus reglas han hecho otra cosa, tal vez, que no sea orientarnos hacia Cristo? Ellos nos muestran el camino por el cual seguiremos a Cristo, no se nos proponen como cabezas. Hay una sola Cabeza, tanto para ellos como para nosotros”.

Palabras que suenan como una anticipación de aquello que dirá, algunos siglos después, el Concilio Vaticano II en el decreto sobre la vida religiosa: “Como la norma definitiva de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo tal cual lo propone el Evangelio, todos los Institutos han de considerar esto como su regla suprema” (*Perfectæ caritatis*, nº 2).



Escribe el dominico P. Lassus, conocedor y admirador del Beato Pablo: “Como cinco siglos antes, San Pedro Damían, así también el Beato Pablo es un “hombre católico”, un hombre de la Iglesia y no solamente porque es amigo del Papa... El Hno. Pablo ve la Iglesia como el Cuerpo Místico de Jesucristo de quien nosotros somos portadores y responsables”. La dimensión eclesial es esencial a toda vida cristiana, cualquiera que sea la forma, apostólica o contemplativa. Nuestro Fundador, aunque encerrado entre las paredes de una pequeña celda, tiene el corazón abierto de par en par para acoger todas las miserias, materiales y espirituales del mundo, todas las grandes causas por las que la Iglesia se interesa, particularmente de la conversión de los sarracenos y la unión de la Iglesias.

No hay un fundador sin sentido eclesial, con una fuerte pasión por el Reino de Dios, aunque su preocupación más inmediata parezca ser otra, por ejemplo el cuidado de los enfermos o la contemplación. Dios suscita un fundador para responder a una necesidad de su Iglesia. Esto lo vemos claramente en el origen mismo del monacato. Terminada la época de las grandes persecuciones, la masa del pueblo se convirtió a Cristo. A la Iglesia de los mártires le sucedía una Iglesia más fácil al compromiso con el mundo. Era necesario que le sustituyese en su tarea de mantener vivo el “recuerdo” de la cruz de Cristo, no con las palabras, sino con la vida. Es por este fin que el Espíritu suscitó entonces a los Padres del desierto. Los monjes, con su vida humilde y penitente, en la continencia y en la pobreza, habrían sido los continuadores de los mártires.

La aparición de San Benito, en Occidente, es la respuesta de Dios a algunas graves necesidades del pueblo cristiano: unir los pueblos latinos y griegos con aquellos bárbaros; transmitir la inmensa producción literaria de los autores antiguos y de los Padres de la Iglesia; enseñar el valor ennoblecedor del trabajo manual. Fue el monacato, benedictino especialmente, el que se hizo cargo de estas exigencias vitales del pueblo cristiano e hizo fecunda toda la Edad Media.

Después, cuando en los siglos décimo y decimoprimeros llega aquella que los historiadores llaman “crisis del cenobitismo”, Dios hace surgir fundadores que regulan sabiamente la vida eremítica

conciliándola con una Regla y un Superior. Entre ellos, sobre todo, Romualdo, San Bruno, San Pedro Damian. Y por último podemos afirmar que si Dios ha inspirado al Beato Pablo para dar inicio a una nueva familia religiosa, lo ha hecho, también en este caso, para venir al encuentro de una necesidad de la Iglesia. ¿Qué necesidad? Hacer revivir y retoñar el carisma eremítico de San Romualdo que por distintos condicionamientos históricos se había oscurecido parcialmente. Todo Instituto religioso es un don que Dios hace al pueblo cristiano para su crecimiento, como declara el documento “Elementos esenciales”, nº 40: “Los fundadores y sus seguidores dan testimonio del misterio de la Iglesia, porque cada Instituto existe en cuanto edifica el Cuerpo de Cristo en la unidad de sus diversas funciones y actividades”. Es este el profundo motivo por el cual los fundadores han tenido como suma preocupación aquella de ser reconocidos por la Iglesia, y principalmente por el Sumo Pontífice, como Pastor Universal. Quieren ser reconocidos como auténticos servidores de la Iglesia. Así, también tienen la certeza que el impulso que les ha guiado en la obra de fundación no era vana ilusión, sino que provenía verdaderamente de Dios.

El Beato Pablo por su parte, puso gran cuidado en hacer todo con la aprobación del Papa. Para dejar Camaldoli pide la autorización del Papa y así también para habitar en el Yermo de San Jerónimo. Repetidas veces va hasta Roma para tratar con el Papa sobre el nacimiento de la Congregación. El servicio fundamental que un fundador religioso hace a la Iglesia es sobre todo el de infundir en ella una “dosis” de auténtico espíritu evangélico. Él arde del deseo de ver a la Iglesia más pura, más santa, más similar a su Cabeza: Jesucristo. Su amor por la Iglesia es la prolongación, la expansión de su amor por Cristo. Él sufre ver a la Iglesia perseguida y obstaculizada desde el exterior, y sufre aún más al constatar los múltiples males que la corroen en su interior. Entonces no nos maravillamos al ver a nuestro Beato Fundador, aunque eremita, poner apasionadamente su ingenio y su pluma al servicio de la Iglesia de su tiempo. De esto nace su obra “Libellus ad Leonem X”, de 1513.

El siglo XVI heredaba del precedente una profunda corrupción eclesial. El Beato Pablo se puso con pleno derecho entre aquellos que más lúcidamente vieron los males de la Iglesia del tiempo, y firmemente hicieron aquello que les era posible para denunciarlos y extirparlos. Hoy, este rol suyo es reconocido por los historiadores

que ven el “Libellus” un documento de alto valor doctrinal en orden a la reforma que la Iglesia necesitaba.

“Acepta Beatísimo Padre León Décimo Pontífice Máximo, el opúsculo que te ofrecen los humildes siervos de tu Santidad Pedro y Pablo Eremitas”. Así comienza la carta al Papa de Pablo Giustiniani y Pedro Quirini escrita cuando eran monjes de Camaldoli, durante una estancia en Roma. Esta carta exprime fielmente el amor por la Iglesia que animaba a nuestro Fundador. No hay nada de aquel espíritu áspero y violento que animó a otros hombres en la historia eclesial que quisieron reformar la Iglesia, pero no hicieron más que lacerarla ulteriormente. Su denuncia es fuerte, pero desbordante de amor por el papado, por el orden sacerdotal, por los religiosos. Es la denuncia de un hombre que ve los males que devastan al Cuerpo de Cristo, por esto sufre profundamente y con sincera humildad sugiere al Papa los remedios necesarios. Él mismo, en una carta, manifiesta con qué ánimo escribió el “Libellus”: “No tuve otro fin, al escribir, que poner delante del papa León aquello que cotidianamente en mis oraciones pido a mi Señor Dios”.

“El Opúsculo dirigido a León X, de los Camaldulenses Pietro Quirini y Pablo Giustiniani, de 1513, no es seguramente un opúsculo, un libro pequeño, sino una obra bastante rica de contenido religioso, teológico, cultural, pastoral y moral, y muy significativamente se inserta en la historia de la Iglesia, además de por su contenido, también por el momento en que fue escrito, por la personalidad de sus autores y del Pontífice al cual está dirigida” (G. Bianchini). “Sin exageraciones, se puede decir que el programa de reforma de los dos Camaldulenses ha dado mucho que hacer a la Iglesia por más de un siglo. El Concilio de Trento, la reforma litúrgica de Pio V, la Biblia de Sixto V, la constitución de “Propaganda Fide”, están todos en la línea ya trazada por ellos” (H. Jedin).

Quien conoce el Renacimiento no encuentra ni siquiera exageradas las palabras de Pablo Giustiniani mismo: “No puedo contener las lágrimas considerando el estado de la Iglesia, o para expresarme mejor su disolución y ruina”. Pero, como decía, son lágrimas que no lo han impulsado a la rebelión, sino a ofrecer toda su vida por la Iglesia. Tal es el comportamiento de los santos. Entonces comprendemos por qué los monjes y monjas de clausura, aparentemente lejanos de los grandes problemas que afligen a la Iglesia, se sienten corresponsables con su misión, hasta el punto de

dar la vida por cualquier necesidad de la Iglesia, como ha sucedido recientemente con la Hermana Gabriela de la Unidad<sup>1</sup>, monja trapense que se ha sacrificado por la unidad de los cristianos. No puedo terminar este párrafo sin hablar de una cosa que nos toca de cerca: los males que afligían a la vida religiosa de entonces. También en esto ninguna falsa clemencia en denunciar la corrupción y la infidelidad de tantos religiosos, tanto así que muchos monasterios y conventos llegaron a estar lejos de ser una “Escuela del servicio divino”. En la parte quinta del Opúsculo escribe: “En efecto, más que todas las otras órdenes, más bien mucho más, una a una las órdenes de los monjes y monjas consagradas se han alejado de la observancia de la regla y de las rectas enseñanzas de los Padres. Recuerda, los graves desórdenes serán eliminados si tú beatísimo Padre estimulas a la reforma de todas las órdenes de los religiosos del mismo modo con el cual ya comenzaste con nuestra comunidad de Camaldoli”.

Los males, a su juicio, más graves eran: la ignorancia teológica y espiritual, la superstición, término con el cual designa una práctica devocional y sacramental toda exterior, sin verdadero contacto con el Señor y sin una sincera voluntad de conversión, la violación sistemática de la clausura, sobre todo por las órdenes contemplativas. Entre los varios remedios que sugiere a León X para los religiosos tenemos el siguiente: “Si tú, por lo tanto, deseas reanimar y ayudar a todos los miembros de la Santa Iglesia, te conviene, sobre todo, establecer esto: que toda Orden, toda Congregación de religiosos se esfuerce en convocar frecuentemente y a celebrar el Concilio que ellos mismos llaman ‘Capítulo de los Padres’ que pertenecen a esa Orden”.

---

<sup>1</sup> María Gabriela Saghedu (1914–1939), monja trapense italiana, fallecida a los veinticinco años de edad al ofrecer su vida por la unidad de los cristianos. Fue beatificada por el Papa Juan Pablo II el 25 de enero de 1983.

En el inicio de esta carta afirmé que “a la nueva Congregación que estaba naciendo, el Fundador le dio una específica fisonomía”. También si es verdad que la obra de nuestro Fundador no representa un “inicio absoluto”, porque quiere ser la continuación del carisma romualdino expresado en Camaldoli, sin embargo, allí donde empieza una familia religiosa, hay siempre algo de nuevo y de diverso, porque el Espíritu de Dios no se repite jamás en su infinita creatividad. Cada fundador, ha intentado sobre todo seguir generosamente a Cristo Señor... Pero porque no es posible al hombre imitar materialmente todos los aspectos de la vida y todas las virtudes de Jesús, el Espíritu llama a cada uno a imitar en particular algo de Jesús, acentuando un aspecto o virtud en relación a los otros. Antonio Abad fue llamado a imitar a Cristo orante en la soledad del desierto; Francisco de Asís su beatificante pobreza; Camilo de Lellis su compasión por los enfermos; Isabel de Portugal imitaba, en modo especial, el amor nupcial que hay entre Cristo y la Iglesia. Así tuvo origen la diversidad entre los santos y entre las numerosas formas de vida religiosa. Cada una de estas coge y vive un aspecto del Misterio de Cristo, y tal particularidad, a veces pequeña, la expresa también a través de pequeñas cosas, como la diversidad del nombre o del hábito. Vemos por ejemplo que el Beato Pablo sustituyendo la amplia y suelta cogulla por una pobre y corta capa de rústica lana, ha intentado expresar algo de su carisma: una acentuación de la pobreza y simplicidad que deben caracterizar la vida eremítica.

“Como toda flor tiene su belleza, armonía y totalidad, diría san Francisco de Sales, así cada familia religiosa tiene su belleza y totalidad, aunque sea la violeta más pequeña y más humilde en relación a las otras flores” (F. Ciardi). El motivo de esto es que no se puede coger un único aspecto de la vida y de la persona de Jesús sin coger en realidad todo el misterio de Cristo que se encuentra como encerrado y contenido en ese aspecto. El aspecto particular que el fundador quiere materialmente imitar se transforma en una abertura a través de la cual él contempla todas las insondables riquezas de Cristo, anhelando una integral imitación espiritual de Él... San Pablo, con la vida errante de apóstol, quería imitar a Cristo total, también sus largos años de vida oculta en Nazareth. Y así los eremitas Romualdo y Giustiniani, con sus vidas encerradas en celda, querían imitar no solamente al Cristo del desierto sino también al Cristo itinerante a lo largo de los caminos

de Galilea. Y no puede ser de otra manera del momento que Jesús todo en cada palabra o gesto suyo y quien lo imita en cualquier cosa necesariamente lo imita interiormente en todo.

Podemos preguntarnos, en este punto, cuál es el carisma propio del Beato Pablo y por consiguiente cuál es la impronta que él imprime en la familia que ha fundado.

Pruebo a enumerar las características de su vida espiritual y monástica: características que, unificadas en su rica personalidad humana, constituyen el carisma de nuestro fundador. Sobre todo hay que resaltar su intuición religiosa consistente “en la institución de una Congregación compuesta únicamente por Yermos”. El fin era asegurar a los eremitas libertad e independencia de los cenobitas... y de difundir libremente la vida eremítica instituida por San Romualdo y transmitida por Camaldoli” (Celestino Pierucci). Así surgió una congregación religiosa con una fisonomía bien definida, con una “índole propia” como se expresan los documentos eclesiásticos: “muchos son en la Iglesia los institutos religiosos y diversos los unos de los otros según la índole propia de cada uno; pero cada uno aporta su propia vocación como don suscitado por el Espíritu” (“Mutuæ relaciones”, 11).

Igualmente debemos notar en el Beato Pablo el equilibrio de su vida espiritual. El altísimo empeño ascético y la fuerte tensión hacia la santidad no lo llevan a extremismos, cosa curiosa en la historia cristiana. No llega a ser duramente exigente con los otros. En esto se muestra alumno de la escuela de San Romualdo que mostraba siempre rostro alegre, cara serena y tenía una sabia discreción en dirigir a los discípulos. Considero que se deba a sus orígenes (es decir, de San Romualdo y del Beato Pablo) el hecho de que en nuestra Congregación se encuentre un excelente equilibrio entre empeño ascético y cuidado del cuerpo, entre vida solitaria y relaciones humanas. Y todo esto sin ceder al compromiso en la vida de perfección, por lo cual somos justamente considerados una de las Órdenes religiosas más exigentes. Me refiero obviamente a las dimensiones institucionales, no a la fidelidad individual: ¡siempre por debajo de la que debería ser!

Entre los aspectos particulares del carisma del Hno. Pablo me parece que se pueden enumerar los siguientes:

## **A. UN GRAN ENTUSIASMO POR LA VIDA EREMÍTICA**

En una carta dirigida a un cierto Messer Francesco manifiesta claramente su visión de la vida monástica como real y profunda separación de la vida del mundo; mientras los monjes que viven en la ciudad tienen miles de incumbencias pastorales y viven entre tantos peligros, “en nuestra soledad no tenemos estos impedimentos porque a nuestra Iglesia no llegan personas sino los días de fiestas, y aquellos poquísimos campesinos con los cuales no tenemos ninguna conversación”. Pero el eremitismo del cual es apasionado sostenedor no es el eremitismo autónomo, libre e independiente, sino aquel que está bajo una regla aprobada por la Iglesia y bajo un Superior. No es la vida de aquellos falsos eremitas del Monte de Ancona (en Las Marcas, Italia) a los cuales dice sinceramente lo que piensa: “no tenéis ni votos religiosos, ni superiores, ni regla, no practicáis la obediencia ni la caridad” (cita libre). La vida de solitario, pero no de “independiente”, en nosotros se ve también en el caso extremo del recluso, el cual “en todo y para todo permanece sujeto al yugo de la obediencia, como los otros eremitas” (Constituciones, 78). Claramente estamos en la línea trazada por San Romualdo, el cual justamente ha sido llamado “Padre de los eremitas ‘razionali’”, es decir que vive bajo una “Ratio”, una Regla.

## **B. UN SENTIDO MUY FUERTE DE UNA VERDADERA POBREZA PERSONAL Y COMUNITARIA**

Desde el Yermo de las Grutas de Massaccio escribe una carta al Cardenal Bembo: “Os aseguro que en Camaldoli, los asnos del yermo son alojados mejor que nosotros, los restos de comida del yermo serían para nosotros unos alimentos deliciosos”. Ciertamente, también él hará lo posible para que esta situación de emergencia pase luego. Pero queda el hecho que nuestro fundador practicó una real y gran pobreza, y quiso que este aspecto de la vida eremítica caracterizara también a su familia religiosa. Considero que el recuerdo de la pobreza inicial, aquella vivida por el Beato Pablo y por sus compañeros, sea necesaria para nosotros, hoy más que en el pasado, y sobre todo para aquellos yermos situados en la llamada “sociedad de consumo” donde es fácil procurarse tantas cosas bellas y útiles... ¡También una cierta “rusticidad” de los ambientes se corresponde a quien ha dejado el mundo!

### **C. LIGADA A LA POBREZA HAY TAMBIÉN, EN LA ESPIRITUALIDAD DEL BEATO PABLO, UNA GRAN SIMPLICIDAD EXTERIOR**

Él ha querido que en sus yermos se encuentre esta simplicidad. Comenzando por el hábito (“en vez de la cogulla vistió una pequeña y simple capa”), hasta en la liturgia donde no quiere que se use el canto y esto también para contraponer la liturgia del yermo a aquella más solemne de los cenobios; “en su forma exterior, nuestra liturgia es simple y sobria”. También en las relaciones entre los eremitas notamos esta simplicidad. El prior, por ejemplo, tiene con sus hermanos una relación más inmediata y familiar de cuánto la tiene un abad en relación con sus monjes, y esto debido precisamente a la estructura organizativa más simple que hay en nuestros yermos.

### **D. FINALMENTE, ES BUENO PONER ENTRE LOS ELEMENTOS DE SU CARISMA LA “ORACIÓN SIN MÉTODO”**

En la carta al Hno. Giuliano escribe “ten en mente que en tu oración, es decir, cuando estés en oración, el método mejor es aquel de no tener ningún método, y que la forma mejor de la oración es aquella de no tener ninguna forma”. A propósito de las “siete palabras”, es decir de los siete sentimientos que deben animar la oración, dice: “Frecuentemente, en una sola oración, esta mi pobre mente pasa en examen todas y cada una de las siete palabras; frecuentemente emplea muchos días en una sola palabra”. Nuestro fundador querría que todos sus hijos alcanzaran a estas formas de oración, como las ha practicado él mismo. Estoy convencido que él haría tuyas las palabras de Sor Nazarena, la monja Camaldulense recluida por casi cincuenta años: “En una orden contemplativa como la nuestra, no debería suceder que los contemplativos sean la excepción a la regla. Muy frecuentemente somos unas tímidas palomas que no vuelan más alto que un metro, mientras que hemos sido enviados a mirar la cara al sol”. Si su oración era “sin método” no es porque estuviese a merced de la improvisación o del sentimentalismo, sino porque había ya alcanzado el nivel contemplativo. Según la doctrina de los maestros espirituales, en efecto, es propio de la oración contemplativa la libertad de la expresión y la extrema simplicidad de la forma.



Nosotros consideramos al Beato Pablo como verdadero padre, porque es el fundador de nuestro Instituto. Llamándolo “Padre” no pretendemos solo atribuirle un título afectuoso, sino reconocer en él una abundancia de gracia que ha generado nuestra familia y que permanece en ella. La Sagrada Escritura afirma que “toda paternidad viene de Dios”, el cual suscita en el alma de un hombre el deseo eficaz de dar origen a una familia, según la carne o según el Espíritu, como en el caso de los Fundadores religiosos. Es Dios el que da a los fundadores un corazón de padre. De parte suya, estos hombres son bien conscientes de ser padres por un don recibido de Dios. Escuchemos por ejemplo las palabras de San Benito: “Escucha, hijo, estos preceptos de un maestro..., acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable” (Prólogo de la Regla). La vida y los escritos de los fundadores abundan de gestos y de expresiones que revelan su ternura paterna hacia los discípulos. Del Beato Pablo sabemos con cuánta solicitud se tomaba el cuidado de sus monjes en relación a todas sus necesidades espirituales y físicas. Refiriéndose a un sobrino suyo, eremita en Camaldoli, hace una afirmación que vale igualmente para todos aquellos que han llegado a ser sus hijos espirituales: “Yo tengo más cuidado de tu alma y de tu cuerpo, más que si fueses cien veces mi hijo”. Dios no se limita a dar un corazón paterno al fundador, es Dios, todavía, que le dona los hijos llamando a hombres generosos para que le sigan, y compartir sus elecciones e ideales. Antonio Abad no hizo nada para buscar discípulos, es más, al contrario escapaba a la soledad; sin embargo, en un determinado momento, el desierto se llenó de hombres que se reconocían sus discípulos e hijos. Es el misterio de la vocación a la vida consagrada, para la cual, digamos, que la prosperidad vocacional de una Congregación no depende únicamente del empeño y de la fidelidad humana sino primero y sobre todo del plan divino para tal Congregación. “Dios suscita otros hombres en los cuales infunde los mismos sentimientos, las mismas ansias puestas en el fundador, de modo que cuando ellos entran en contacto con el fundador descubren en él un modelo concreto para traducir en acto lo que el Espíritu había puesto ya en ellos” (Ciardi). Sin embargo, hay un factor humano que es como una chispa inicial capaz de desencadenar una gran llama; una realidad de la cual se sirve Dios para encender en el corazón de algunos el deseo de la vida religiosa. Este elemento humano es algo bien visible, podríamos decir palpable: es la santidad de vida del fundador. Si millares de

personas han seguido a Antonio o a Benito o a Romualdo, es porque la vida de éstos era un espejo terso que reflejaba la santidad de Cristo. Por esto muchos les siguieron, por el deseo de tomar parte de su experiencia espiritual. A veces pensamos que si el Beato Pablo tuvo inmediatamente un bello grupo de discípulos se debe al hecho de su rica personalidad humana, o también porque era conocido en el ambiente religioso italiano; o incluso por sus amistades “prestigiosas” como por ejemplo con la familia de los Medici de Florencia y el papa León X. Esto es también verdad indudablemente, pero no debe hacernos olvidar que el motivo principal, determinante, que le ha procurado desde el inicio unos discípulos es la santidad de su conducta y la ejemplaridad de su vida monástica. El título de “Beato” que en brevísimo tiempo le atribuyeron sus hijos indica bien el concepto que ellos tenían de su Padre. Si muchos quisieron entrar en su escuela llegando a ser miembros de su familia religiosa es porque también vieron en este fundador una imagen de Cristo. La relación entre el fundador y sus seguidores es semejante a aquella entre Jesús y sus discípulos.

Jesús ha donado a sus discípulos el Evangelio; el fundador dona a sus seguidores la Regla que es su modo particular de practicar el Evangelio. Jesús es, en forma absoluta, el maestro de sabiduría; también el fundador se presenta como un maestro espiritual porque en su doctrina se expresa la sabiduría de la tradición cristiana; Jesús ha sido el modelo perfecto de santidad; el fundador aparece ante los discípulos como un modelo de vida santa, pero con todos los límites debidos a la condición humana; modelo que sus hijos consideran de poder imitar sin miedo de perderse por falsos caminos.

Al término de estas reflexiones sobre la paternidad del Beato Pablo, me parece interesante, aún, una observación. Desde su ingreso a Camaldoli siempre sintió vivísimo el deseo de “poblar-llenar” el Yermo. El gran amor por la vida eremítica Camaldulense lo impulsaba a dar a conocer y a abrazar tal género de vida. Podemos ver en este impulso del Beato Pablo la manifestación de su paternidad, aunque en forma latente. Juzgando hoy desde nuestro punto de vista, más crítico, nos sentiríamos tentados de decir que nuestro fundador faltaba a la prudencia en sus innumerables tentativas de reclutar nuevas “levas” para el Yermo. Pero si juzgamos su comportamiento viendo la motivación profunda, entonces lo cogemos por aquello que en realidad es: la expresión concreta del deseo de que muchos hombres encuentren, como el

mismo, la senda de la eterna felicidad, recorriendo el camino que conduce al Yermo.

Sabemos muy bien que el deseo de hacer partícipes a otros de la propia vida o de la propia experiencia religiosa es un deseo típicamente paterno. Ya entonces, este amor nos abrazaba también a nosotros, que ahora nos llamamos sus hijos: “Si pudiese yo hacer comprender a los otros cuánta alegría da al alma la vida religiosa; ciertamente abandonaríais sin más el mundo, y abrazaríais este dulce estado de vida con la viva esperanza de la futura beatitud que en el estado religioso se siente. No penséis que yo quiera, para satisfacción personal, engañar a los otros o hacerles creer aquello que en realidad no es. En cambio, es por el bien de ellos que yo querría persuadir a todos aquellos que amo, es más, a todos los hombres, de seguir mi ejemplo, abandonando el siglo y entrando en alguna congregación observante. Y me parece sentirme tan obligado a decirlo a los otros, que si no lo digo, me parecería ser culpable, poniendo en peligro mi salvación y la de los otros.”.

Me agrada concluir esta carta sobre nuestro fundador reflexionando un poco sobre el lugar que ocupamos en la Iglesia y en la sociedad. Dije anteriormente que nuestro Instituto tiene su fisonomía, una “índole propia” que le asigna un puesto y una función particular en la Iglesia, diferenciándolo de todos los otros.

Queridos hermanos, debemos ser muy conscientes de este hecho, vivirlo en modo coherente y tener una grandísima estima de nuestro carisma y de nuestra “originalidad” en la Iglesia. Sabemos también que es un carisma que suscita la “santa envidia” de tantos hombres espirituales y es también un signo en la sociedad.

En efecto, la presencia de nuestros Yermos es una llamada de atención, tanto para creyentes como para no creyentes, a los valores del espíritu; es un reproche, silencioso pero real, a todos aquellos que ponen al mundo en primer lugar y posponen a Dios a un segundo lugar. La vida de un grupo de ermitaños es un hecho que no puede dejar indiferente a una mente racional. El Beato Pablo sabía bien qué buen estímulo puede ser para nosotros el tomar conciencia de nuestra responsabilidad en las relaciones de la Iglesia y el mundo.

Hay cosas que se persiguen, cueste lo que cueste, cuando se está absolutamente convencido de su valor. Una de estas es precisamente la fidelidad al carisma del Instituto como un bien precioso para la Iglesia y para el mundo. Saber que los otros, conscientes o no, esperan algo de nosotros, nos ayuda a superar también las más duras pruebas y nos proporciona el coraje de vivir en plenitud nuestra vida solitaria. Nuestros Yermos se transforman como en “Ostensorios” de la presencia de Dios y de su tiernísimo amor por el hombre. Todo esto lo expresa bien nuestro fundador en un escrito que es también una advertencia para nosotros:

“Ay de nosotros si nuestra luz no brilla delante de los hombres, de modo que viendo nuestras buenas obras ellos glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos. Por lo tanto, quiero que nuestra vida en medio de los pueblos obligue a estos mismos que no quieren reconocer a Dios, a confesar con nosotros que en este mundo no hay otro camino ni felicidad que aquella de servir y amar a Dios en espíritu y verdad”.

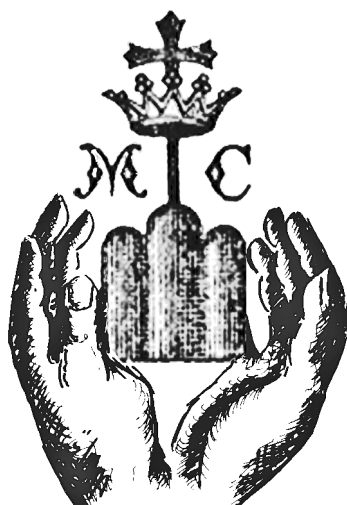
El carisma que el Beato Pablo nos ha dejado en heredad debemos custodiarlo fielmente, profundizarlo y desarrollarlo en sintonía con la vida actual de la Iglesia y de la sociedad, pero sin trastornarlo o diluirlo. Dejemos íntegro su núcleo central aunque a veces pueda parecer de excesiva dureza sobre todo en relación a la separación del mundo. Si por necesidades particulares, algún yermo ha perdido un poco el aspecto solitario, otros, gracias a Dios, lo han podido conservar. Tal vez sirva de ejemplo precisamente el Yermo de San Jerónimo (de San Girolamo, de Pascelupo, de Monte Cucco). Bajo esta mirada, los Yermos más solitarios son un ejemplo y una llamada de atención a toda la Congregación. Rechacemos como una tentación lo que termine con alterar el espíritu que recibimos del fundador. El mismo Beato Pablo nos indica una de estas tentaciones: aquella “apostólica” consistente en el perder el amor y el gusto por la soledad, por ocuparnos indebidamente de las necesidades de los seculares: “Por esto, tú que eres eremita, tú que no eres obispo ni pastor, sino una ovejita dentro del rebaño, tú debes buscar la gloria de Dios y la salvación del prójimo no agitándote, sino orando e implorando, porque esta es la función del solitario. ¿Por qué quieres meter una hoz temeraria en la mies de otro? ¿Por qué anhelas tú cumplir el deber de otro? Esto no te corresponde en absoluto. No es de tu incumbencia para nada sumergirte en el tumulto de los negocios”. Hoy, más que nunca, nuestra vida escondida con Cristo en Dios siguiendo las huellas de San Romualdo y del Beato Pablo y de tantos santos eremitas que han vivido, amado y sufrido en nuestra soledad, puede y debe seducir a los que buscan a Dios.

Para todos y para cada uno pido a Dios, por la intercesión de nuestro Hno. Pablo una fe viva, una confianza inquebrantable en nuestra vida y la alegría de continuar en nuestra débil “carne” la pasión de Jesucristo a favor de su Cuerpo, la Iglesia.

El Señor os bendiga.







**FRATERNIDAD DE LAICOS  
CAMALDULENSES DE MONTECORONA**

**[frat.laicoscamaldulenses@gmail.com](mailto:frat.laicoscamaldulenses@gmail.com)**

**Tf. Móvil: 600 69 20 39**